

Preludio

A pocos minutos de ocultarse el sol por detrás de la serranía azulada que flanquea la aldea de N... y cada una de cuyas crestas tiene en la toponimia de aquel mísero lugar un nombre de resonancias a la vez familiares y misteriosas, tres chiquillos, subidos a un montículo rocoso que se yergue en las afueras, acababan de ver marcharse la última rayita incandescente del sol de agosto cuando avistaron, aún lejos, por el abrupto camino que nace a dos leguas y media en la cabeza de partido más cercana, un automóvil negro que les pareció de servicio público y dejaron sus juegos para mirarlo llegar. Subía despacio por la pendiente, envuelto en una leve polvareda blanca, y a ratos lo perdían de vista en las revueltas del camino festoneado de oscuras arboledas, de viñas y zarzales. Relajados en esa luz nítida y ardiente todavía que la hora del ocaso deja en verano tras de sí, se sentían ahora unidos por este otro acontecimiento que descubrían sus ojos deseosos de avizorar novedades que llegaran de abajo, de las villas y ciudades desconocidas para ellos. No habían cambiado una sola palabra ni quitaban la vista del camino que, como ellos sabían de sobra, muere en la fuente de la aldea.

Cuando, tras una desaparición más dilatada que las demás, asomó por fin el morro del coche, rebasando un pu-

ñado de casuchas más escasas y pobres que las de N..., tan sólo ya a dos revueltas de distancia, y como si el zumbido, ahora bien distinto, del motor fuera heraldo indiscutible del destino que el vehículo traía, la excitada perplejidad de los niños se transformó en algarabía y actividad. Uno de ellos se descolgó de lo alto de la peña saltando, para darse más prisa, a un pino que había cerca, por cuyo tronco resbaló velozmente hasta llegar al suelo.

—¡Viene aquí! —gritó al tiempo que arrancaba a correr desolado por el monte abajo.

Y lo seguía repitiendo por la pendiente como el estribillo de un himno gozoso —«viene aquí, viene aquí»—, sentado a trechos sobre las agujas secas de pino que le servían de tobogán y escoltado con cierta desventaja por sus compañeros, que, aunque no tan expeditivos, habían imitado su ejemplo y le pedían a voces que les esperase.

A la entrada de la aldea el camino se ensombrece bajo un túnel frondoso de castaños de indias. Allí se detuvo el coche, que era un viejo modelo de Renault adaptado, efectivamente, a servicio público y con matrícula de la no muy distante capital de provincia, y el conductor, volviéndose hacia el asiento de atrás, cambió unas palabras con el viajero que traía. Como respuesta a ellas, éste asomó el rostro por la ventanilla, que venía abierta, y llamó con un gesto al primero de los chiquillos, que, recién alcanzada de un salto la cuneta, se había detenido allí agitado y sudoroso a tiempo de presenciar la llegada del taxi. Se miraron de plano y el niño calculó que el viajero podría tener poco más de veinte años. Desde luego nunca se le había visto por allí, eso seguro, ni por las fiestas, y se le notaba, aunque venía en mangas de camisa, un aspecto muy fino. Tenía los ojos como de perro lobo y el pelo liso, muy negro, un poco crecido. En aquel momento se estaba apartando un mechón de la frente con la misma mano larga y delgada que se pasó luego por el cuello y se metió por entre la camisa desabrochada con un gesto de agobio.

—¡Ven! ¡Te digo a tí! —llamó, en vista de que el chico no

atendía a sus señas ni se movía—. Acércate un poco, hombre, haz el favor, que no me como a nadie.

El niño miró, como si les pidiera consejo en aquel trance insólito, hacia sus amigos que acababan de saltar también ellos al camino desde el desnivel del monte, y tras una breve vacilación se decidió finalmente a acercarse, aunque sin despegar los labios todavía.

—¿Sabrías tú decirme, chaval, la casa de Louredo por dónde cae?

El chico le miraba con pasmo, como si temiera no haber entendido la pregunta.

—¿Louredo? ¿El pazo? —preguntó a su vez.

—Sí. Es una casa grande con parque. ¿La conoces?

—Sí, señor, claro.

—¿Y está lejos de aquí?

El chico hundió los ojos en el túnel espeso, recto y largo que formaban sobre el camino los castaños de indias y señaló hacia el fondo, a un supuesto final que quedaba ofuscado por la penumbra sin que la vista pudiera divisarlo.

—Hay que llegar a la fuente —dijo.

—¿Y la fuente está lejos?

El chico se encogió de hombros como ante una dificultad inesperada.

—La carrera de un perro —resumió al fin.

El viajero se echó a reír. Tenía una risa joven y muy simpática que le convertía, de repente, en un conocido.

—¿Y tiene que ser de este pueblo el perro? —preguntó al tiempo que, riéndose, abría la portezuela del coche.

Se quedó esperando y el chico no entendía.

—Venga, hombre —aclaró—. Tú mismo nos vas a servir de perro, ¿quieres? Anda, sube.

El niño, que había perdido ya la timidez, no se hizo repetir aquella invitación tan clara y, una vez instalado en el asiento trasero, aunque sin atreverse a hundirse mucho, sacó la mano por la ventanilla, ya cuando el coche arrancaba, para decir adiós a sus amigos, que le vieron alejarse con envidia y admiración.

El túnel de castaños tiene cerca de dos kilómetros en línea recta y a ambos lados de él se desparraman en grupos y niveles asimétricos y separadas unas de otras por cercas, arboledas, huertos y pastizales, las casas de la aldea; pero como son pocas las que abren sus puertas a ras del camino y la espesura de los árboles dificulta al viajero que va en coche cerrado una composición de lugar amplia, resultó que cuando el chico dijo: «Aquí ya hay que pararse», el forastero, que había hecho además el trayecto con los ojos fijos en el cogote del chófer y sumido de improviso en un silencio que le hacía parecer ausente y preocupado, no sabía si habían atravesado ya el pueblo o no y se lo preguntó al niño como si saliera de un sueño. El niño le contestó que sí y que allí mismo era la fuente y que no podían pasar más allá, que ya sólo había cañadas para carros y bestias. Y que además allí, a mano derecha, tenía la verja de la casa por la que preguntaba.

—Esa grande que tiene como unas piñas de hierro, ¿no la ve?

Y entonces el señorito, porque ya no cabía duda de que era un señorito, aunque tampoco los pantalones ni el calzado fueran de domingo, pagó al chófer y, cogiendo un maletín pequeño que traía, se bajó detrás del niño.

Ya había atardecido completamente. Un resplandor rojizo daba cierto tinte irreal, de cuadro decimonónico, a aquel paraje. En el pilón cuadrado de la fuente, que era sólida, elegante y de proporciones armoniosas, estaban bebiendo unas vacas, mientras la mujer que parecía a su cuidado permanecía al pie con un cántaro de metal sobre la cabeza erguida y quieta. Solamente se oía el hilo del agua cayendo al pilón y un lejano croar de ranas. Blanqueaba la fuente con su respaldo labrado en piedra, ancho y firme, como un dique contra el que vinieran a estrellarse, con los estertores de la tarde, los afanes de seguir andando y de encontrar algo más lejos. Se diría, en efecto, que en aquella pared se remataba cualquier viaje posible; era el límite, el final.

El joven se acercó pausadamente, seguido por el niño y escrutado por la mujer que se mantenía absolutamente inmóvil, como una figura tallada en la misma piedra de la fuente y puesta allí para su adorno. Encima del canal por donde caía el reguerillo de agua había una gran placa de bronce fija a la piedra.

–Sácate de ahí –susurró la mujer con voz monótona a la vaca que estaba bebiendo del pilón cuando vio que el viajero se acercaba.

Aquellas palabras fueron acompañadas de un empujón a las ancas del animal, que levantó unos ojos húmedos e inexpresivos hacia el viajero, mientras le cedía lugar. Él dio las gracias a la mujer, ya casi rozando su vestido, sin recibir a cambio ni el más leve pestañeo, y luego se inclinó, en efecto, a beber largamente un agua fría y clara con ligero sabor a hierro. Después, mientras se secaba los labios con el dorso de la mano, alzó los ojos a la placa. Aprovechando el último resplandor de aquel día de agosto, alcanzó todavía a leer pálidamente su inscripción en letras doradas: «A D. Ramón Sotero, la sociedad de agricultores de N... como gratitud. Año de 1898».

–Ése era el que mandó hacer la fuente –explicó el niño–; un señor antiguo de esa casa –añadió mientras caminaba detrás del joven y le señalaba la alta verja que él ya había alcanzado y cuyos adornos estaba contemplando con curiosidad–. Era marido de la señora vieja que han traído ayer en la ambulancia, una muy vieja. Cien años, dice mi padre.

El forastero, apartando los ojos de aquel laberinto de herrajes con que venía a rematarse un larguísimo muro de piedra paralelo al camino, miró al chico con súbito interés.

–¿Sabes tú a qué hora llegaron?

–Sí, sí señor, que vi venir la ambulancia. Estábamos nosotros donde hoy. Estas horas serían, por ahí, un poco antes si cuadra.

–Ya. ¿Y la señora?

–La vieja se morirá esta madrugada. La más joven dicen que ha reñido con el cura. Que no quiere curas ni visitas; a

usted no sé si le dejará entrar. Sólo deja a la Juana. Ahora debe andar por ahí de paseo, no la asusta el monte. Mi padre la ha visto antes por allá arriba; ¿ve aquellas peñas últimas encima de los pinos?, pues por allí, donde el Tangaraño.

Señalaba a una montaña que no se podía precisar si estaba muy lejana o muy cercana y el viajero, al descubrirla de pronto, fosca y rodeada de resplandores violeta, se estremeció. Daba miedo. Pero trató de sonreír.

—Vaya, hombre, ¿y cómo sabes tú tan seguro cuándo va a morirse la vieja?

—Ya ha llegado aquí, pues a qué va a esperar. Es a lo que viene. Le tocaba anoche, pero dice mi padre que habrá querido despedirse mejor, conque hoy. Los viejos se mueren siempre contra el día.

Hubo un silencio. El viajero alargó una moneda al chico y luego hizo ademán de empujar la verja.

—Ya te buscaré otro día, si vuelvo, para que me sirvas de perro —le dijo.

—¿Y cómo va a preguntar por mí? No sabe cómo me llamo —repuso el chico sin dejar de mirar la moneda.

—Es verdad, hombre, qué fallo. Dímelo.

—Odilo. ¿Se acordará? No entro con usted porque se enfadan. La Juana también. Yo digo que con usted no se enfadarán.

El viajero sonrió y le tendió la mano.

—Eso espero. Malo ha de ser.

El niño no sabía dar la mano, no la apretaba. Se sostuvieron la mirada unos instantes.

—Adiós, Odilo. Yo me llamo Germán.

La verja era pesada de empujar y chirriaba. La cerró detrás de sí y, seguido por la mirada melancólica del chico, que se había quedado con la frente pegada a unos hierros en forma de pámpano, se alejó a paso vivo hasta ser un punto imperceptible por el largo sendero de arena, ya muy ensombrecido, que, entre árboles antiguos, conduce a la vieja casa de Louredo.